

## CUADROS DE LA HOSTERÍA

### El "búho" (segunda parte)

Zeus, T. 68, D - 45 (diario N° 5182, 30 mayo 1995)

La comida de la hostería era más que abundante y mi esposa, despreocupada de la cocina, se mostraba desconocida, haciendo honor a todas las viandas e, incluso, repitiendo los platos en algunas ocasiones, lo que creó en ella -en esos días- una nueva costumbre: realizar largas caminatas, para "mantener la silueta".

Generalmente la acompañaba Marcela, mientras yo -siempre poltrón- me quedaba leyendo, amparado en el pretexto -real, pero de cualquier manera una excusa- de que las alpargatas recientemente adquiridas para nuestros días de campo, eran algo grandes, lo que hacía que se me saliesen y resultaran incómodas en largas caminatas.

Fue suficiente que el "búho" viese salir una o dos veces a Azucena, para que pretendiese convertirse en compañía obligada en las caminatas, y trazar ella misma los recorridos o destinos, lo que produjo un inmediato choque de voluntades con mi mujer, que no estaba dispuesta a tolerar tanto entrometimiento.

A todo esto seguían menudeando las preguntas, en las que insistía tozudamente, aunque no se le diese ninguna respuesta:

-¿El automóvil es nuevo? ¿Es suyo? ¿Cuándo lo compró? ¿Cuánto le costó? ¿Cuánta gasolina consume? ¿Dónde compra la gasolina?

Cualquier tema era objeto de su curiosidad:

-¿Han averiguado el horario de misas? ¿Saben si hay misas el sábado? ¿Les agradan los oficios religiosos? ¿A cuál piensan asistir, o no van a misa?

Fácilmente imaginarán que ante tanta impertinencia mi esposa había alcanzado un punto próximo a la ebullición, y yo mismo me sentía bastante fastidiado, aunque no deseaba romper lanzas, para no alterar la tranquilidad de nuestro descanso.

Luego comprobamos que el motivo de algunas preguntas no era totalmente injustificado, pues el automóvil que poseían "era" del búho, que ¡no le permitía conducirlo a su esposo!

Azucena había optado por contestarle que no pensaba salir de caminata, y en cuanto la veía partir con un rumbo, tomaba el

camino opuesto; una mañana, ante la insistencia de salir juntas, le contestó:

-Saldré con Marcelita hacia Ascochinga (pueblo a seis kilómetros de la hostería), y como la caminata es larga, luego Luis nos buscará allí en el automóvil.

Pero este recurso no resultó efectivo porque, con total desparpajo se sumó a la caminata, ¡para que también la buscasen a ella!

Precisamente en esa oportunidad descubrí como funcionaban las cosas con relación al uso del automóvil de la singular pareja. Después de la tarde lluviosa habían encontrado un neumático en llanta y ella, mientras partía de caminata hacia Ascochinga, le había ordenado al marido que lo cambiase. Por mi parte me quedé leyendo en la galería, y mirando imperturbable como cambiaba el neumático, sin ofrecerle ninguna ayuda, en una actitud de calculada descortesía. Pese a ello, cuando terminó de cambiarlo, y en momentos en que yo subía a mi Dahiatsu para ir a Ascochinga, me solicitó, casi como quien imparte una "real orden", que lo llevase hasta la gomería más próxima para que le reparasen el neumático.

¿Por qué esa actitud? ¿Por qué no montaba en su coche y lo llevaba personalmente? La razón era muy sencilla: el búho no le había dejado las llaves, pues -como les relataba- ¡no le permitía conducir el vehículo!

El baúl del Dahiatsu Charade es pequeño, y para colocar la rueda dentro debía mantener la tapa trasera abierta; además, como la rueda estaba totalmente embarrada tuve que buscar lonas, para no ensuciar el baúl. Pese a todo, accedí a lo que me solicitaba y lo llevé hasta la gomería, donde el dueño le dijo que la reparación recién la podría hacer un par de horas después.

¿Pueden imaginar lo que el buen señor, falto totalmente de sentido común, pretendió? ¡Que yo siguiera cargando la rueda en el coche; lo llevase de regreso a la hostería, y retornara al taller mecánico ese par de horas después! Le dije entonces que era mucho más práctico descargar el neumático y dejarlo hasta que pudiesen colocarle el parche, pues ¡no pensaba continuar con el baúl abierto, a los saltos, por un camino de tierra! Y agregué:

-Cuando se lo hayan reparado puede retornar con su esposa a buscarlo!

Tuve, sin embargo, que soportar su presencia hasta

Ascochinga, donde encontramos a las viandantes, las subimos en el coche y, luego de un breve paseo en automóvil, retornamos a la hostería.

Este "botón de muestra" había colmado mi paciencia, y también la de Azucena.

Días después, en la fiesta de cumpleaños de una de mis hermanas, encontré a aquella tía que había sido compañera de estudios del búho, y nos relató viejas anécdotas que corroboraban totalmente las facetas de su personalidad que ya habíamos apreciado. Recordó que, a poco de terminar el profesorado ingresó en las monjas "paulinas", congregación que hacía su trabajo en el mundo y por aquellas épocas estaba de "moda"; sin embargo esa "fuerte" vocación religiosa, anunciada en su momento con bombos y platillos, no duró mucho tiempo. No renovó sus votos, sino que dejó la congregación, para... casarse con el novio de una antigua amiga, cuyos nervios quedaron tan afectados, que intentó suicidarse.

Luego enviudó y volvió a casarse con su actual pareja, que la tolera con cierta resignación, buscando más bien formas de escape, en lugar de enfrentamientos, lo que explica su "afición por el ajedrez", que le permite refugiarse en un club, o en uno de los bares en que se practica ese juego, lejos de las "delicias" del hogar, y de las machaconas insistencias de su mujer.

¡Pobre hombre! Uno de los últimos días de veraneo le frustré un pequeño desquite que, sin duda, se estaba tomando frente a su cónyuge. La lluvia había vuelto a confinarnos en el comedor, y él -tablero de por medio- superaba en una desigual batalla al "búho", que no tiene los más mínimos conocimientos, ya que ni siquiera mueve correctamente las piezas.

En mi interior bullía un cierto desagrado por la forma en que había tratado a Marcela en aquella partida que les relaté, y ese escozor me impulsó a tomar una "revancha", en nombre de mi hija. Me acerqué entonces a la mesa y comencé a asesorar al "búho", indicándole los movimientos que debía efectuar, hasta lograr que volcase el rumbo de la partida -que estaba perdida- y se transformase en una posición netamente ganadora; desde el pasado subían en torbellino los recuerdos de mi vieja experiencia y me ayudaban a explotar las debilidades del juego del marido.

¡Ahora -a la distancia- comprendo cuánto debió amargarlo mi participación! Para él esas partidas en que derrotaba a su mujer

eran las silenciosas "venganzas" por todas las vejaciones verbales que sufría callado; y yo, tontamente, por el simple prurito de desquitarme por lo que hizo a Marcela, ¡lo privaba a él de su desahogo! Ya no puedo pedirle disculpas, ni hay forma que deshaga aquello; en ese momento me porté como un niño...

CRITICÓN (L.M.E.)